

SIRIA Y LA RESOLUCIÓN DE LA ONU

CARLOS LARRINAGA

Historiador y Profesor Titular de Universidad

Tras más de dos años y medio de guerra, unos 100.000 muertos y unos seis millones de desplazados, el Consejo de Seguridad de la ONU se ha puesto de acuerdo en una resolución referente al uso de las armas químicas en Siria. El detonante de dicha resolución ha sido la muerte de un elevado número de civiles (EEUU habla de más de 1.400) en un ataque con armas de este tipo en un barrio de las proximidades de Damasco el pasado 21 de agosto. Ello desencadenó una amenaza de ataque por parte de los Estados Unidos contra el régimen sirio con aviones no tripulados, dando por sentado que los culpables de dicha carnicería habían sido los soldados del ejército gubernamental, en contra de la opinión de Rusia y, por supuesto, de la Administración de Bashar al-Asad. La tirantez de la situación fue la que desencadenó, precisamente, que las dos superpotencias, Estados Unidos y Rusia, entablaran negociaciones para evitar dicho ataque, al tiempo que el gobierno sirio accedía a la destrucción de sus armas químicas. Resultado de todo ello es la resolución votada en el Consejo de Seguridad el viernes 27 de septiembre. Ahora bien, la resolución no afecta exclusivamente al régimen sirio, sino también a los rebeldes, pues se insiste en el abandono del uso de tales armas en el conflicto sirio. Desde luego, está claro que el régimen las posee y, en ese sentido, como interlocutor válido ante Naciones Unidas y las potencias del Consejo, no debería ser muy difícil su control y destrucción. ¿Pero qué pasa con los rebeldes? ¿Acaso no poseen también armas químicas? Pocos parecen recordar ya las palabras de Carla del Ponte, miembro de la comisión de la ONU para investigar la violación de los derechos humanos en Siria, cuando allá por el mes de mayo declaraba su sospecha de que estaban empleando gas sarín. Curiosamente, este tema apenas ha salido a la luz últimamente. Si es que las tienen, el problema se complica, pues entre los rebeldes la división es clara y, por lo tanto, la interlocución difícil.

La resolución, por consiguiente, me parece importante, pero no resuelve el problema, habida cuenta de que la inmensa mayoría de las víctimas del conflicto sirio lo son a manos de armas convencionales, sobre las que no existe control alguno. De hecho, la guerra continúa y, de momento, no hay visos de que vaya a concluir en un periodo relativamente corto. Una guerra se sabe cuándo empieza, pero no cuándo termina. Ahí tenemos el ejemplo del vecino Líbano, donde el conflicto bélico se prolongó durante quince años. Espero y deseo que esto no ocurra en Siria, pero lo cierto es que ambos países cuentan con algunas características muy parecidas: división entre sunitas y chiítas, amplios grupos de población cristiana, vecindad con Israel, etc. Aunque las diferencias también son importantes: Líbano ha sido siempre un país mucho más débil y Siria ha sido desde hace tiempo uno de los actores políticos más importantes del Próximo Oriente, con un régimen caudillista fuerte y un numeroso ejército capaz de intervenir en los conflictos de la zona (Israel o Líbano, por ejemplo). Quizás una posible conferencia de paz que se anuncia para dentro de próximas semanas en Ginebra podría abrir el camino hacia el final del conflicto. Hasta ahora, lo que ha quedado claro es que la vía militar inicialmente propuesta por Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, y rechazada por Rusia, no era la solución. Hay que insistir en las vías diplomática y política y para ello, además de la concurrencia de las potencias mencionadas, en dicho diálogo deberían participar Turquía, Arabia y Qatar, por un lado, como los grandes sostenedores de los rebeldes sunitas; e Irán, como la gran potencia chiíta de la zona, aliada por excelencia del régimen de Bashar al-Asad. Además, claro está, del gobierno sirio y de los rebeldes. A este respecto, el deshielo de las conversaciones entre las Administraciones de Obama y Rohani podría tener su reflejo en el reconocimiento del papel de Irán en la solución de este conflicto.

Lo cierto es que no me atrevería a pronosticar el desenlace de dichas conversaciones y el futuro próximo de Siria, pero todo apunta a que la solución podría venir de una evolución desde el propio régimen. En este sentido, no olvidemos que el apoyo con que cuenta Al-Asad sigue siendo enorme. Ya vimos lo que resistieron Ben Alí, Mubarak o Gadafi. Éste no es el caso. Sus apoyos son

muchos y muy diversos. De hecho, la comunidad internacional, empezando por los Estados Unidos, tiene prácticamente asumido el triunfo del régimen de Al-Asad. Al menos así lo reconocía el prestigioso politólogo Vali R. Nasr, catedrático de la John Hopkins School of Advanced International Studies (EEUU), el pasado agosto en una entrevista concedida al periódico turco *Today's Zaman*, siempre muy bien informado de cuanto sucede en la región. Baste recordar que un régimen sin fuertes apoyos internos no es capaz de resistir tanto tiempo. Si lo hace es por el favor de la mayor parte del ejército, de las minorías religiosas o de buena parte de las clases medias. Y esto es así porque el régimen de Al-Asad es caudillista, sí, pero al mismo tiempo se ha caracterizado por respetar la libertad religiosa en el país, por eliminar la extrema pobreza, por otorgar importantes libertades a las mujeres y por impulsar un crecimiento económico que, al menos antes de la guerra, permitió la aparición de una considerable clase media en el país. Así las cosas, creo que la solución habrá de venir de vías exclusivamente políticas, con la ayuda, eso sí, de las potencias implicadas.

29 de septiembre de 2013

Publicado en *El Diario Vasco*, 8 de noviembre de 2013, p. 24.